

B. A. Paris

QUÉDATE CONMIGO

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

Título original: *Bring Me Back*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2018 by Bernadette MacDougall
© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-410-8
Depósito legal: M. 274-2019
Printed in Spain

A Christine, la mejor hermana del mundo

Hace doce años

Interrogatorio: Finn McQuaid

Fecha: 15/3/2006

Hora: 3.45

Lugar: Fonches

Volvíamos de esquiar en Megève. De subida, he decidido hacer una parada en París para darle una sorpresa a Layla, que nunca había estado en la capital. Hemos cenado en un restaurante junto a Notre-Dame y paseado por la orilla del Sena. Podíamos haber hecho noche allí —ojalá lo hubiéramos hecho—, pero los dos estábamos deseando regresar a nuestra casita de St. Mary's, en Devon.

Hemos salido de París como a medianoche. Debíamos de llevar hora y media de viaje cuando me han dado ganas de ir al baño, así que he parado en el área de descanso de Fonches. No es una estación de servicio, no se puede repostar ni nada de eso, pero sabía que había baños porque he parado ahí otras veces que he ido a esquiar a Megève. Aquello estaba desierto, salvo por el coche del que le he hablado, el que estaba aparcado a la puerta de los baños. Creo que había camiones en la zona de vehículos grandes del otro lado; dos, por lo menos: el que he visto salir y el otro, el del camionero con el que hemos hablado después.

Como llevábamos una botella de agua vacía rodando por el coche y habíamos estado comiendo tentempiés por el camino, he pasado de largo de los baños y he ido directamente al contenedor de basura del fondo para tirar los desperdicios. Tenía... tenía que haber aparcado a la puerta de los baños y haber ido andando al contenedor. Así habría estado más cerca. Tenía que haber estado más cerca.

Layla estaba dormida, se ha quedado traspuesta en cuanto hemos cogido la autopista, y como no quería despertarla, he esperado un rato, para relajarme un poco. Cuando he empezado a recoger la basura para tirarla, se ha despertado. Ella no quería ir a esos baños porque prefería esperar a que paráramos en un área de servicio en condiciones, así que, al bajar del coche, le he dicho que echase el seguro porque no me hacía gracia dejarla allí sola en la oscuridad. Layla detesta la oscuridad, ¿sabe?

Camino del baño, me he cruzado con un hombre que salía, y al cabo de un minuto o así he oído que arrancaba un coche. El tipo era más bajo que yo, ¿metro ochenta y dos? Me ha parecido que tenía el pelo oscuro, y barba, seguro. No me he entretenido mucho dentro porque no estaba a gusto, me sentía vigilado. Igual porque la puerta de uno de los cubículos estaba cerrada.

Cuando volvía al coche, he oído que salía un camión y lo he visto enfilar la vía de acceso a la autopista. Iba rápido, como si tuviera prisa, pero, la verdad, no le he dado mayor importancia en ese momento. A lo lejos he visto la silueta de nuestro coche, el único que quedaba en el aparcamiento, porque el otro, el que había estacionado delante de los baños, se había ido ya. Hasta que no me he acercado un poco, no me he dado cuenta de que Layla no estaba dentro, y entonces he pensado que quizá al final había decidido ir al baño. Recuerdo que me he vuelto a mirar si venía corriendo

detrás de mí —consciente de que ese sitio debía de estar poniéndole los pelos tan de punta como los tenía yo—, pero no la he visto y me he subido al coche a esperarla. Entonces me ha empezado a angustiar la oscuridad y he arrancado y me he acercado a la puerta de los baños, donde al menos había un poco de luz, para que Layla no tuviese que volver al coche a oscuras.

No habré tardado más de un par de minutos en empezar a preocuparme. Me ha parecido raro que no hubiera salido aún, así que me he bajado del coche y he entrado a buscarla al baño de señoras. Dos de los tres cubículos estaban vacíos, pero el otro tenía la puerta cerrada y he supuesto que estaba allí. La he llamado y, al ver que no respondía, he empujado la puerta con la mano. Se ha abierto enseguida y, cuando he visto que no estaba dentro, he salido corriendo y he empezado a llamarla a gritos, pensando que a lo mejor, después de que yo bajara del coche, había decidido dar una vuelta para estirar las piernas y que le diera el aire. Sin embargo, nada más pensarlo he caído en la cuenta de que ella jamás se habría aventurado a vagar por allí, de noche, en una oscuridad absoluta porque, como he dicho, detesta la oscuridad.

He rodeado corriendo el edificio por si estaba detrás y, al no verla, he cogido una linterna del maletero y he ampliado la búsqueda, recorriendo el área de descanso completa mientras la llamaba a voces. Todavía quedaba un camión en el aparcamiento, así que me he acercado y he gritado con la esperanza de que hubiera alguien que me ayudase a buscarla, pero la cabina estaba vacía y, cuando he aporreado la puerta, no ha contestado nadie, con lo que he dado por supuesto que el camionero estaba dormido en la parte de atrás. Entonces he aporreado esa puerta también, pero no ha salido nadie, y cuando he sacado el móvil, he visto que no tenía cobertura. No sabía qué hacer. No quería marcharme por si Layla

se había caído y estaba tirada, herida, en alguna parte, pero sabía que no iba a poder encontrarla con la sola luz de la linterna. De modo que me he subido al coche, he ido lo más rápido posible a la estación de servicio más próxima y he entrado corriendo pidiendo a gritos que alguien me ayudase. Me ha costado que me entendieran porque mi francés no es muy bueno, pero al final han accedido a llamar a la policía. Y entonces ha venido usted, que habla bien inglés, y me ha llevado de nuevo al área de descanso para ayudarme a buscar a Layla, porque de verdad necesitaba encontrarla.

Esa fue la declaración que hice a la policía, en una comisaría cercana a la A1, en Francia. Era la verdad. Pero no toda la verdad.

Primera parte

Ahora

Mientras cruzo el vestíbulo forrado de ventanales de las impresionantes oficinas de Harry en London Wall, me suena el móvil. Me vuelvo y miro la hora en el reloj digital que preside la pared del fondo, detrás de recepción; son solo las cuatro y media, pero estoy deseando llegar a casa. Hemos tardado meses en conseguir que Grant James, el célebre magnate de los negocios, invierta cincuenta millones de libras en el nuevo fondo de Harry, y estoy preparado para celebrarlo. En agradecimiento, Harry ha reservado mesa para que Ellen y yo cenemos esta noche en The Hideout, el mejor restaurante de Cheltenham, y sé que a ella le va a encantar.

Miro nervioso el teléfono con la esperanza de que no sea importante. Veo que es una llamada de Tony Heddon, inspector de policía de Exeter. Nos conocimos hace doce años, cuando me detuvieron como sospechoso del asesinato de Layla, y nos hemos hecho buenos amigos. Hay un banco de acero curvado a la izquierda de recepción; me acerco y dejo el maletín en el asiento metálico.

—Tony, me alegro de oírte.

—¿Llamo en mal momento?

—En absoluto —digo, y lo noto serio, como siempre que me llama para decirme que las autoridades francesas han encontrado el cadáver de una mujer sin identificar. Imaginando

lo mucho que debe incomodarlo, voy al grano—: ¿Han encontrado otro cadáver?

—No, no es eso —dice, tranquilizador, con su acento suave de Devonshire—. Thomas Winter, ya sabes, tu antiguo vecino de St. Mary's, vino ayer a comisaría.

—¿Thomas? —repito, sorprendido—. No pensé que siguiera vivo después de tantos años. ¿Cómo está?

—De salud, genial, pero ya es mayor, por eso no queremos dar mucha importancia a lo que dice —añade, y hace una pausa.

Espero a que continúe y, mientras tanto, pienso en qué les habrá contado Thomas. Pero luego me acuerdo de que, antes de que Layla y yo nos fuéramos de viaje a Francia, antes de su desaparición, Thomas nos creía la más feliz de las parejas.

—¿Por qué? ¿Qué ha dicho? —pregunto.

—Que ayer vio a Layla. —Me da un vuelco el corazón. Apoyo la mano libre en el frío respaldo metálico del banco e intento digerir lo que acabo de oír. Sé que está esperando a que diga algo, pero no puedo, y lo dejo hablar a él—. Asegura que la vio a la puerta de vuestra antigua casa y que, cuando quiso acercarse a hablar con ella, salió corriendo —prosigue.

—Porque no era ella —tercio, con voz neutra.

—Eso le contesté yo. Le recordé que han pasado doce años desde la última vez que la vio, pero me replicó que la reconocería aun después de cincuenta. Llevaba capucha, pero insiste en que era Layla. Por la pose, dice.

—Pero no habló con ella.

—No. Me dijo, literalmente: «La llamé por su nombre y volvió la cabeza, pero, al verme, salió corriendo». Según él, fue a la estación, pero la taquilla estaba cerrada a esa hora y no dimos con nadie que hubiera visto a una mujer esperando un tren. No hay cámaras de seguridad, así que estamos como al principio.

Pienso bien mi respuesta.

—No creerás de verdad que era Layla, ¿no? Después de tantos años.

Tony suspira hondo.

—Me parece que son imaginaciones del señor Winter, pero quería comentártelo de todas formas.

—Gracias, Tony. —Estoy deseando colgar, pero no quiero parecer brusco—. ¿Cuándo te jubilas? En septiembre, ¿no?

—Sí, dentro de un par de meses. Aún no sé qué voy a hacer con mi vida.

Me agarro a eso.

—Puedes empezar por venir a vernos. Sé que a Ellen le encantaría.

—Lo haré, desde luego.

Creo que se da cuenta de que no me apetece hablar, porque dice que tiene otra llamada. Me quedo pensativo un momento, intentando ver las cosas con perspectiva, preguntándome qué habrá hecho pensar a Thomas que ha visto a Layla. Hago un cálculo rápido: acabábamos de celebrar sus ochenta años cuando hicimos aquel fatídico viaje a Francia en 2006, con lo que ahora tendrá noventa y dos, una edad a la que uno se confunde fácilmente y a la que a uno no le tienen muy en cuenta lo que dice o lo que cree haber visto. Podrían ser los desvaríos de un anciano. Tranquilo, me saco las llaves del bolsillo y voy hacia el aparcamiento.

Tardo una barbaridad en llegar a casa, algo del todo inusual un viernes por la tarde. Cuando paso por delante del cartel de «BIENVENIDO A SIMONSBIDGE. POR FAVOR, CONDUZCA DESPACIO» a la entrada del pueblo, empiezo a recuperar el entusiasmo por el nuevo contrato. Me alegro de que Harry haya reservado en The Hideout; me ha aconsejado que pruebe el entrecot, y seguramente lo haré.

Un minuto más tarde, paro delante de nuestra casa, que, aunque no es una maravilla por fuera, por dentro es mi refugio, y el jardín, mi santuario. En un mundo normal, Ellen estaría esperándome en la puerta, tan impaciente por verme como yo por verla a ella. Casi siempre levanta la cabeza de la ilustración en la que esté trabajando, alertada por el crujido de los neumáticos en la gravilla, y abre la puerta antes de que me dé tiempo a bajar del coche. Pero hoy no. Y me resulta inquietante.

Me digo que no debo ser tan bobo, que no siempre me recibe en la puerta, que si la hubiera llamado para darle la buena noticia, claro que me estaría esperando, pero he preferido contárselo en persona porque quiero verla decirme lo listo que soy en lugar de oírsele solamente. Sé que suena fatal, pero no es que tenga un ego enorme, es que ese contrato constituye un hito en mi trayectoria profesional. Un acuerdo con Grant James es un subidón de adrenalina. Supera incluso el subidón que me produce una buena operación bursátil.

Tampoco sale a recibirme cuando encajo la llave en la cerradura. Ni Peggy, nuestro setter rojo, y eso sí que es raro. En lugar de llamarla, voy a buscarla, un poco preocupado. Abro la puerta del salón y la veo hecha un ovillo en un sillón, con mi camisa vaquera, que me roba a todas horas del armario. Me da igual: me encanta vérsela puesta. Tiene las rodillas pegadas al pecho y tapadas con la prenda, a modo de tienda de campaña.

El alivio silencioso que me produce verla allí se ve interrumpido por la forma en que mira por la ventana, sin ver, con la mirada perdida en un pasado lejano. Es una mirada que hacía mucho que no veía, pero que conozco perfectamente. Explica por qué Peggy, siempre sensible al estado de ánimo de Ellen, está tendida a sus pies.

—¿Ellen? —digo en voz baja.

Vuelve la cabeza hacia mí, enfoca y se levanta con dificultad.

—Perdona —dice con tristeza, y se acerca corriendo a mí; Peggy la sigue con menos entusiasmo, se le nota la edad—. Estaba pensando en mis cosas.

—Ya lo he visto.

Se aúpa y me besa.

—¿Qué tal tu día?

—Bien —digo, callándome de momento la noticia del contrato—. ¿Y el tuyo?

—Bien también.

Pero su sonrisa es poco natural.

—¿En qué estabas pensando cuando he entrado?

—En nada. —Niega con la cabeza.

Le levanto la cara por la barbilla para que no pueda rehuirme la mirada.

—Sabes que eso no funciona conmigo.

—No es nada, de verdad —insiste.

—Cuéntamelo.

Se encoge un poco de hombros.

—Es que, cuando he vuelto de pasear a Peggy esta tarde, me he encontrado esto tirado en la acera, a la entrada de casa... —dice, y saca algo del bolsillo de la pechera.

Miro la muñeca de madera pintada que sostiene en la palma de la mano y me recorre un escalofrío de sorpresa seguido de una punzada de rabia, porque, en un instante de locura, pienso que ha estado revolviendo en mi despacho. Entonces recuerdo que Ellen jamás haría algo así y procuro tranquilizarme. Además, ¿no ha dicho que se lo ha encontrado tirado a la puerta de casa?

—Se le habrá caído a alguien —digo con toda la naturalidad de que me veo capaz—. A algún crío que volvía del colegio o algo así.

—Ya... Es que me ha recordado... —Se interrumpe.

—¿Sí? —la insto a continuar, mentalizándome, porque sé lo que va a decir.

—A Layla.

Como siempre, su nombre se queda suspendido en el aire, entre los dos. Y hoy, después de la llamada de Tony, lo noto aún más.

Ellen ríe de pronto y alivia la tensión del momento.

—Por lo menos ahora tengo el juego completo.

Sé a lo que se refiere, claro.

Fue la propia Layla quien me lo contó: que de pequeñas tenían un juego de muñecas rusas, de esas que se meten unas dentro de otras, y un día la más chiquitita del de Ellen desapareció. Ella acusó a Layla de habérsela robado, pero Layla lo negó, y nunca la encontraron. Ahora, trece años después de conocer la historia, me sorprende la paradoja, porque, igual que la muñequita de Ellen, Layla desapareció y jamás la encontraron.

—A lo mejor deberías dejarla en el murete, como hace la gente cuando a alguien se le cae un guante —digo—. Por si vienen a por ella.

Pone cara triste y me hace sentir mal porque sé que no es más que una muñeca, pero, después de la llamada de Tony, me afecta más.

—No se me había ocurrido —dice.

—De todas formas, ahora voy a poder comprarte todas las muñecas rusas que quieras —digo, aunque los dos sabemos que no es ese el problema.

Abre mucho los ojos.

—¿Quieres decir que...?

—Sí —contesto, cogiéndola en volandas y haciéndola girar, y dándome cuenta, no por primera vez, de que es mucho más ligera de lo que era Layla.

Con unos mechones de pelo castaño de pronto sueltos, por la cara, se agarra con fuerza a mis hombros.

—¿Grant James ha invertido? —chilla.

—¡Sí! —digo, olvidándome de Layla.

Paro de dar vueltas y la dejo en el suelo. Mareada, se tambalea un poco y se apoya en mí, y yo la estrecho en mis brazos.

—¡Eso es estupendo! ¡Harry estará loco de contento! —Se zafa de mis brazos—. Quédate ahí, vuelvo enseguida.

Entra en la cocina y yo me siento en el sofá a esperarla. Peggy se hace hueco entre mis piernas, le cojo la cabeza con ambas manos y observo con tristeza lo mayor que se está haciendo. Le tiro de las orejas con suavidad, como a ella le gusta, y le digo que es muy bonita. Es algo que hago a menudo, demasiado quizá. Lo cierto es que Peggy siempre ha sido algo más que una perra para mí. Y ahora, con lo de la muñeca, me parece mal.

Me noto nervioso, demasiado alterado para estarme quieto. Quiero irme al despacho, un edificio aparte construido en el jardín con esa finalidad, y asegurarme de que mi muñeca rusa, la que Ellen no sabe que tengo, sigue ahí, en su escondite, pero procuro ser paciente y me recuerdo que todo va bien en mi mundo. Aun así, me cuesta, y estoy a punto de ir a buscarla cuando la veo volver con una botella de champán en una mano y dos copas en la otra.

—Perfecta —digo, sonriéndole.

—La escondí al fondo de la nevera hace un par de semanas —dice, deja las copas en la mesita y me ofrece la botella.

—No —digo, sirviéndome de la botella para atraerla hacia mí—. Me refiero a ti. —La abrazo fuerte un instante, con el champán entre los dos—. ¿Sabes lo bonita que eres? —No lleva bien los cumplidos, así que baja la cabeza y me besa el hombro—. ¿Cómo sabías que lo de Grant saldría bien? —sigo.

—No lo sabía, pero, si no hubiera salido bien, nos la habríamos bebido para consolarnos.

—¿Ves por qué digo que eres perfecta? —La suelto con un beso, desenrosco el alambre y descorcho la botella. Empieza a brotar el champán y Ellen coge enseguida las copas de la mesa—. Adivina adónde te voy a llevar esta noche... —digo mientras las lleno.

—¿A McDonald's? —bromea.

—A The Hideout.

Me mira encantada.

—¿En serio?

—Sí. Harry nos ha reservado una mesa a modo de agradecimiento.

Más tarde, mientras está arriba arreglándose, salgo a mi despacho del jardín, me siento al escritorio y abro despacio el primer cajón de la derecha. El escritorio es una enorme antigüedad de nogal y el cajón es tan profundo que tengo que meter mucho la mano para alcanzar el plumier de madera, escondido al fondo. Saco la muñequita pintada que hay dentro. Parece idéntica a la que Ellen ha encontrado a la puerta de casa y, mientras mis dedos se cierran alrededor de su cuerpo suave y barnizado, siento la misma punzada incómoda de siempre, una mezcla de añoranza y remordimiento, de desolación y tristeza infinita. Y de gratitud, porque, sin esa muñequita de madera, podrían haberme juzgado por la muerte de Layla.

Era de ella, la más pequeña del juego de muñecas rusas que había tenido de niña. Cuando la de Ellen desapareció, Layla decidió llevarla siempre encima por miedo a que se la quitase y dijera que era la suya. Según ella, era su talismán y, en momentos de tensión, la sostenía con dos dedos y acaricia-

ba suavemente su superficie lisa. Eso estuvo haciendo precisamente en el viaje de vuelta de Megève, arrimada a la puerta, y a la mañana siguiente, cuando la policía volvió al área de descanso, vieron la muñeca tirada al lado de donde yo había aparcado, junto al contenedor. Además encontraron marcas en el suelo, lo que, en opinión de mi abogado, significaba que la habían sacado a la fuerza del coche y ella había soltado la muñequita a propósito, para dejar rastro. Como no había pruebas suficientes que lo demostraran, me dejaron salir de Francia, y quedarme la muñequita.

La guardo donde estaba y voy a buscar a Ellen. Sin embargo, más tarde, cuando ya estamos acostados, saciados por la exquisita cena en The Hideout, abrazados el uno al otro, maldigo en silencio la muñequita rusa que ella ha encontrado antes. Es otro recordatorio de que, por mucho tiempo que pase, jamás nos libraremos del todo de Layla.

Apenas pasa un mes sin que oigamos su nombre: alguien a quien llaman por la calle, un personaje de una película o de un libro, un restaurante que acaba de abrir, un cóctel, un hotel... Al menos ya no son constantes las llamadas de personas que aseguran haberla visto; el caso de Thomas, ayer, fue el primero en muchos años. Hubo cientos de ellos inmediatamente después de su desaparición; por lo visto, cualquier pelirroja se consideraba una posible candidata.

Miro a Ellen, acurrucada en mi brazo, y me pregunto si también ella estará pensando en Layla, pero por lo tranquila que respira sé que ya se ha dormido, y me alegro de no haberle mencionado la llamada de Tony. Todo esto sería mucho más fácil si Ellen y yo nos hubiéramos enamorado de otras personas, en lugar del uno del otro. Daría igual que Ellen sea la hermana de Layla, ahora que han pasado ya doce años de su desaparición.

Pero, claro, no es así.

Antes

Parece que hace una eternidad que te vi por primera vez, Layla. No sé si lo sabes, pero, por entonces, yo tenía novia, una que no se parecía en nada a ti, una tan prometedora en el mundo de la publicidad como yo en el de las finanzas. El tiempo moldea de forma curiosa nuestros recuerdos: siempre pienso en ti cuando me acuerdo de Harry y del piso de St. Katharine Docks, aunque pasaste menos tiempo allí que mi ex. Tú promoviste el fin de la vida que yo llevaba. Todo empezó a ser «antes de Layla» y «después de Layla».

Debían de ser poco más de las siete de la tarde de la Nochevieja de 2004. Probablemente tú no te acuerdes, pero yo lo sé porque Harry se empeñó en que fuésemos al teatro con demasiada antelación. A mí me daba igual que aquella fuera una gran noche, claro que por entonces me daban igual muchas cosas. Hasta que te conocí.

Cuando Harry y yo entramos en el metro en Liverpool Street, ni me imaginaba que pudiera estar a punto de enamorarme. Él tenía que recargar la tarjeta de transporte y, mientras hacía cola en la máquina, yo me puse a mirar a todos los que entraban corriendo para llegar a tiempo adonde fueran a celebrar el Año Nuevo.

A los pocos minutos me llamó la atención un destello de color en medio de los grises y los negros de los londinenses:

el rojo más bonito que había visto jamás. Por supuesto, eras tú, o más bien tu pelo. ¿Recuerdas que te quedaste pegada a la pared de enfrente, contemplando alarmada el aluvión de personas que pasaban por tu lado? Parecías asustada, aunque entonces te asustaba cualquier cosa: las aglomeraciones, los perros, la oscuridad... Te daban tanto miedo los perros que, si veías venir uno, cambiabas de acera, aunque fueses conmigo, aunque lo llevaran atado. Y ese día en el metro, mientras te pegabas cada vez más a la pared para protegerte de la multitud, la luz artificial hacía que te brillase tanto el pelo que parecía en llamas. Con aquella minifalda de color púrpura, los botines de cordones y tu figura curvilínea, se te veía muy distinta de todas esas mujeres flacas como palos y vestidas con trajes elegantes y abrigos de invierno. Entonces levantaste la cabeza y nos miramos. Me dio vergüenza que me pillaras escudriñándote e intenté apartar la mirada, pero tus ojos me atrajeron y, cuando quise darme cuenta, iba hacia ti, abriéndome paso entre la muchedumbre.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté, mirándote a los ojos de color castaño verdoso. Avellana, supe después—. Se te ve un poco perdida.

—Es que no esperaba que en Londres hubiese tantísimo jaleo —me contestaste con tu acento escocés—. ¡Toda esa gente!

—Es Nochevieja —te expliqué—. Han salido a celebrarlo.

—Entonces, ¿no es siempre así?

—A primera hora de la mañana y a última de la tarde, por lo general. ¿Ibas a comprar un billete?

—Sí.

—¿Adónde vas?

¿Recuerdas lo que me contestaste?

—A un albergue juvenil —dijiste.

—¿Dónde está? —quise saber.

—No estoy segura. Cerca de Picadilly Circus, me parece.

—¿Tienes la dirección? —Negaste con la cabeza—. ¿En la reserva? —insistí.

Y entonces reconociste que no habías hecho reserva.

Tu candidez me sorprendió y me encandiló a partes iguales.

—Dudo que encuentres alojamiento en Nochevieja —te comenté.

Palideciste y eso te resaltó las pecas. Fue entonces cuando me enamoré de ti.

—¿Llevas móvil? —pregunté.

Volviste a negar con la cabeza.

—No.

Conocer a una persona tan desorganizada, a quien afectase tan poco la vida moderna y las prisas de Londres fue como un pelotazo de alcohol. De haber sido cualquier otra, habría hecho mutis enseguida, antes de que me pidieses que te buscara el número de algún albergue. Pero ya sabía que no iba a poder dejarte tirada.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté, porque, de repente, necesitaba saberlo absolutamente todo de ti.

—Dieciocho. Casi diecinueve. No me he escapado de casa, si eso es lo que piensas —espetaste, levantando la barbilla, desafiante.

Me libré de contestar porque Harry apareció de pronto.

—Te estaba buscando. ¿No te he dejado allí de pie?

Yo tenía los ojos clavados en ti.

—Esta señorita busca un albergue juvenil cerca de Picadilly Circus. ¿Conoces alguno? —pregunté sabiendo que no, porque ya había decidido llevarte con nosotros.

—No, lo siento. —Te miró intrigado—. Te darían una dirección al hacer la reserva.

—No ha hecho reserva.

Nos miró sorprendido.

—Dudo mucho que encuentres alojamiento en Nochevieja.

—¿Y qué hago entonces? —preguntaste, y detecté cierto pánico en tu voz.

Harry se rascó la cabeza como hacía siempre que se veía ante un problema.

—No tengo ni idea.

—Habrás que pensar algo —dije en voz baja. Se volvió hacia mí como diciendo «no es problema nuestro». Y tenía razón: no era problema nuestro, sino mío—. Mira, voy a ayudarla a buscar un albergue, un hotel o lo que sea. No podemos dejarla aquí tirada.

—A lo mejor la puede ayudar otra persona. Nosotros vamos al teatro —me recordó.

—Oye, no os preocupéis, ya me las arreglaré —dijiste tú—. Ya os he entretenido demasiado. Es culpa mía: tendría que haberlo planeado con antelación. Pero es que no tenía ni idea de que Londres sería semejante... —buscaste una palabra— locura.

Me llevé la mano al bolsillo de la chaqueta y saqué la cartera.

—Toma —dije, sacando la entrada del teatro y ofreciéndosela a Harry—. Ve con Samantha. Ella quería ir, ¿no?

—Sí, pero...

Le puse la entrada en la mano.

—No pasa nada. Te veo luego, en la fiesta. —Intentó mirarme a los ojos, pero yo lo ignoré—. Llama a Samantha, queda con ella en el teatro. —Y antes de que le diera tiempo a protestar, te cogí el bolso y me abrí paso entre la muchedumbre—. Sígueme.

Me dirigí a la salida, con el corazón desbocado, como siempre que estaba a punto de hacer algo emocionante, o pe-

ligroso. Por miedo a perderte en la muchedumbre que inundaba las calles, te cogí de la mano.

—¡No te separes de mí! —te grité por encima del ruido del tráfico.

Me agarraste con fuerza.

—¡Tranquilo, no lo haré! —contestaste.

Y yo deseé que no lo hicieras nunca.